

Asegurada al parecer la concordia con la Rusia mediante la cesión formal é inmediata de las provincias del Danubio, y como consecuencia necesaria la cooperación de esta potencia contra el Austria, decidió Napoleón en la misma Erfurt muchas cuestiones que habían permanecido dudosas relativamente á la distribución de sus fuerzas. Mandó hacer salir inmediatamente de París y de los puntos en que estaba acuartelada la arrogante división de Sebastiani, que debía componerse de algunos regimientos veteranos destinados á España, y que aún no había emprendido su movimiento hacia Bayona. Dió la misma orden á la división de Level, formada toda ella de alemanes auxiliares, de modo que pudiesen estas dos divisiones hallarse en Bayona á fines de octubre. Tomó por último su determinación acerca del quinto cuerpo, y quiso que su marcha, que se había dirigido al principio sobre Bareuth, se dirigiese definitivamente al Rin y á los Pirineos. Ultimamente, agregó á las tres divisiones de dragones encaminadas ya á España, otras dos, dejando en Alemania sólo los coraceros con notable porción de caballería ligera.

Estas disposiciones eran el resultado natural de la seguridad que su alianza con la Rusia le inspiraba, y del deseo que tenía de anonadar en seguida á los españoles y á los ingleses con una masa de fuerzas irresistible.

Hacia ya diez días que estaban juntos los dos monarcas: faltaba redactar las condiciones de su convenio, lo cual en verdad no era tan fácil con la nueva pasión que de Alejandro y Romanzoff se había apoderado, de entrar sin demora en el goce de su adquisición. Para no turbar su unión, cada vez más cordial, con discusiones de pormenores, convinieron los dos soberanos en dejar á sus ministros Champagny y Romanzoff el encargo de redactar el convenio que debía comprender sus nuevas resoluciones, y el día 6 de octubre se pusieron en camino para la corte de Weimar, donde iban á pasar dos días entre festejos magníficos que de mucho tiempo atrás les estaban preparados. Quedaron en Erfurt Romanzoff y Champagny para proceder de consuno á la importante tarea que se les había confiado (1).

Hemos dicho ya que Napoleón quería que las vistas de Erfurt produjesen una concordia con la Rusia que fuese estable y más que todo evidente, que impusiese respeto á sus enemigos y los cohibiese á hacer la paz quitándoles toda esperanza de triunfo. Concedía á la Rusia, en premio de lo que esta potencia le permitía hacer con la España y la Italia, que la Finlandia, la Valaquia y la Moldavia le pertenecieran en todo caso, así en paz como en guerra; pero su intención era que siempre que se pudiesen proporcionar estas ventajas á la Rusia por medio de la paz, se probaría ésta antes de aventurarse á una nueva guerra general en que resultase envuelto el mundo entero, principalmente la Turquía y el Austria. Estaba convencido de que siendo la unión

(1) Hemos dicho ya que existían cartas de Mr. de Champagny al emperador en que se daba razón día por día de todos los pormenores de la negociación, desde la época en que Champagny y Napoleón estaban juntos en Erfurt. Continuaron naturalmente estas cartas durante la permanencia de Napoleón en Weimar. No nos entregamos, pues, á meras conjeturas, sino que por el contrario referimos, según los documentos más auténticos, los pormenores de estas vistas, en que no fueron por cierto menos interesantes las resoluciones que se adoptaron que el espectáculo que se dió á la Europa entera. (N. del A.)

de las dos potencias, Rusia y Francia, completa, sincera y manifiesta, el Austria tendría que doblegarse á ella, por temor de verse aniquilada entre los dos imperios si intentaba oponerse; de que cediendo el Austria, también la Inglaterra tendría que ceder á su vez y firmar la paz marítima. Además tomaba á su cargo el decidir á ésta por varios otros medios. Quería en primer lugar que se hiciesen á la Inglaterra proposiciones de paz con toda solemnidad y en nombre de los dos emperadores, de modo que todo el público inglés se enterase de ellas, y proponíase durante esta invitación, sostenido por la alianza rusa, no dejar en Alemania más que una parte insignificante del grande ejército, dirigir toda su fuerza principal hacia el campamento de Boloña, pasar en persona á la península á la cabeza de un refuerzo de ciento cincuenta mil hombres de tropas veteranas, que haría ascender á doscientos cincuenta mil el total de las fuerzas francesas empleadas allende el Pirineo, aniquilar á los sublevados y causar á los ingleses que habían desembarcado algún desastre ruidoso. Con estos diversos medios creía poder obligar á la Inglaterra á entrar en negociaciones. Cierta que era menester conducirla á aceptar dos hechos considerables, cuales eran el establecimiento de la familia de Bonaparte en España y la posesión de las provincias del Danubio por la Rusia; pero eran hechos ya consumados, ó poco menos, puesto que en su juicio la España iba á quedar sometida en el término de dos meses, y las provincias del Danubio estaban ocupadas por la Rusia tan completamente que ya los turcos y sus amigos podían haber perdido toda esperanza de verlas libres. Por otra parte, la Inglaterra había manifestado ya á la Rusia cierta disposición á concederle la Moldavia y la Valaquia. Así, pues, no veía Napoleón en lo que se pretendía obstáculos invencibles para conseguir la paz, y menos aún si lograba, como lo tenía proyectado, escarmentar severamente á los españoles é ingleses.

Había por lo tanto imaginado dirigir un manifiesto á la Inglaterra en nombre de los dos emperadores, *unidos en paz y en guerra* (tales debían ser sus palabras), los cuales se ofrecían á negociar una concordia general basada en el *uti possidetis*. Esta base era cómoda para cualquiera negociación, puesto que dejando á la Inglaterra sus conquistas marítimas, comprendida la isla de Malta, aseguraba á la Francia la España y Nápoles, y á la Rusia la Finlandia y las provincias del Danubio. Para asegurar estas últimas á la Rusia se había resuelto dirigirse á la Puerta declarándole que aquella potencia se proponía conservar dichas provincias, y apoyando esta declaración con ejércitos rusos y consejos de parte de la Francia. Si la amonestación era desoída, la Francia entregaría la Puerta Otomana á la Rusia, lo cual no ofrecía la menor duda acerca del resultado.

En todos estos puntos había habido conformidad, y por lo tanto la redacción del convenio no podía ofrecer dificultad, puesto que siempre se expresa bien lo que bien se piensa; pero había un punto importante acerca del cual la conformidad parecía difícil. Quería Napoleón, al conceder positiva é inmediatamente á la Rusia la Valaquia y la Moldavia, que la Rusia aplazase por algunas semanas sus comunicaciones á la Puerta, porque si esta potencia llegaba á saber lo que se le estaba preparando, podía exasperada prevenir á la Inglaterra

y echarse en sus brazos (1); y la Inglaterra, al ver surgir un nuevo aliado, encontraría en la unión de la España, del Austria y de la Turquía, probabilidades de éxito para una nueva lucha que la dispondrían á rehusar la paz. Por el contrario, esperando solamente unas cuantas semanas, podría inducirse á la Inglaterra á entrar en negociaciones. Una vez entabladas éstas, no le sería ya fácil abandonarlas, por cuanto el público inglés debía naturalmente desear la conclusión de la guerra; y cuando por fin se le hiciese patente la última condición, de dejar á la Rusia las dos provincias que ya de hecho poseía, era dudoso que después de haber abrigado ideas de paz volviese á pensar en la guerra por una cuestión en que no tenía personalmente gran interés. Toda la dificultad, pues, consistía en esta cláusula adicional, es decir, en la dilación de unas cuantas semanas que se quería recabar de la impaciencia rusa.

Por lo tocante á esto, tenía el emperador Alejandro puesta su confianza en su antiguo ministro, que seguramente no le cedía en impaciencia. Avistóse Mr. de Champagny con Mr. de Romanzoff y le halló dispuesto á consentirlo todo sin titubear; pero al tratar de la precaución que se deseaba de diferir las comunicaciones que habían de dirigirse á la Puerta, se mostró intratable. Decía Mr. de Romanzoff que una nueva dilación después de los quince meses de espera transcurridos desde la paz de Tilsit, era insoportable; quince meses hacía en efecto que la Francia estaba lisonjeando con promesas á la Rusia sin concederle cosa alguna, y obligándola á permanecer en tregua con los turcos. Alegaba el ministro de Alejandro, que á no ser por las instancias de la Francia, la Rusia habría avanzado ya hasta los Balkanes y reducido á la Turquía á ceder las provincias que no podía conservar ni gobernar por más tiempo; que todo lo que se había sacado de la paz de Tilsit era dejar tristemente paralizada la acción de la Rusia, paralización que había sido demasiado costosa para consentirla por más tiempo; por último, que la necesidad de poner término á un *statu quo* tan perjudicial era cabalmente el motivo del largo viaje desde San Petersburgo á Erfurt, llevado á cabo con grandes sacrificios de dignidad, contra toda oposición y contra toda clase de agüeros siniestros.

Esforzábase Mr. de Champagny en hacerle comprender bien que solamente se trataba de una dilación de

(1) Sobre este asunto escribía Napoleón á Mr. de Champagny lo siguiente:

«No puede por lo tanto haber discusión más que sobre la frase añadida al artículo 7.º, que es sin embargo como la consecuencia inmediata del paso que se ha dado; porque si la Inglaterra se inclina á entrar en negociaciones, es evidente que al saber que una potencia de tanta magnitud como la Turquía entra en sus intereses, se hará mucho más exigente en la negociación. ¿A qué conduce el volverle á abrir sin motivo los puertos de la Siria, del Egipto, del Africa y de la Morea? A ver las factorías francesas saqueadas, muchos millares de hombres degollados ó cautivos, y enteramente paralizado el comercio: todo en perjuicio de la Rusia. Pues si por otro lado llegaran á hacer las paces la Rusia y la Puerta durante las negociaciones con la Inglaterra, los inconvenientes para nosotros serían más que las ventajas, porque la Inglaterra alcanzaría á comprender lo que se ha tratado en Erfurt, y el tratado con la Puerta le haría ver claramente que las ideas de partición eran muy remotas y no le causarían ya grandes recelos. Todo exige, pues, que se ejecute escrupulosamente el artículo propuesto.»

(N. del A.)

pocas semanas; que iban á despacharse inmediatamente correos á Londres; que no podía tardar mucho la respuesta; que en caso de acceder la Inglaterra á los ofrecimientos de negociación, se vería en breve si se aceptaba ó no la base del *uti possidetis*; que si en efecto se aceptaba, bien valía la pena tener un poco de paciencia para conseguir de este modo las pingües adquisiciones proyectadas sin necesidad de recurrir á la guerra; que si por el contrario era desechada, podrían entablarse inmediatamente en Constantinopla las pláticas á que había de seguirse la adquisición, pacífica ó forzosa, de las tan anheladas márgenes del Danubio. Todo era en vano: el ministro ruso no escuchaba ninguna de estas razones. «¡Todas son dilaciones!, repetía con acento de queja; para nosotros no hay más que dilaciones; mientras los demás no quieren sufrirlas ni en Madrid ni en Roma! Y si al menos fuera la que se nos exige fija y determinada y después acabase toda incertidumbre, aun podría consentirse; pero se quiere precisamente que tengamos paciencia hasta el momento en que ya la negociación no ofrezca esperanzas fundadas de poderse entender. Negociaciones ha habido que han durado años enteros; ¿haremos, pues, de estar años y años en armisticio con los turcos?»

Hizo impresión en Mr. de Champagny el calor y la impaciencia que demostraba el antiguo ministro ruso, dominado como estaba por una de esas pasiones violentas que se apoderan á veces de los ancianos y los despojan de toda la gravedad que requiere su edad, sin darles la vivacidad seductora de la juventud (2). Era

(2) De este modo lo refería Mr. de Champagny al emperador:

«Erfurt, 6 de octubre de 1808.

»Tratando esta cuestión con toda la buena fe posible, íntimamente convencido de que la dilación solicitada, que subordina al resultado de la negociación con la Inglaterra todo proceder dirigido á obtener las dos provincias, entra tanto en los intereses de la Rusia como en los de la Francia, esperaba yo disipar la sombra de desconfianza que se advertía en la contestación de Mr. de Romanzoff; mas no he podido convencerle. El que está en disposición de caer sobre una presa que ha ambicionado mucho tiempo, no puede nunca oír las razones dirigidas á retardar su goce. Treinta años hace que Mr. de Romanzoff está soñando con esta adquisición y en ella cifra el triunfo de su sistema, su honor y su reputación; cualquier otro interés le parece á su lado despreciable. El emperador Alejandro, que no se guía por motivos personales, y para quien son igualmente atendibles todos los intereses de su imperio, será tal vez mucho más accesible á las razones que por su propio interés reclaman el aplazamiento, no ya del goce, sino de la mera toma de posesión de una provincia que ya no puede faltarle. En nada, pues, hemos convenido Mr. de Romanzoff y yo; yo por mi parte, aun cuando hubiese estado autorizado para ceder, tampoco lo hubiera hecho y considero como enteramente inútil volver á hablarle de este asunto antes del regreso de V. M. En todo lo demás creo no habrá dificultad.

»Firmado: CHAMPAGNY.»

«Erfurt, 8 de octubre de 1808.

»Señor:

»Después de dos horas de conferencia con el conde de Romanzoff, nada hemos adelantado. Al parecer su sistema es irrevocable: quiere las provincias turcas á toda costa y sin la menor demora. Sus objeciones no tanto se dirigen al artículo 6.º cuya redacción sostiene V. M., cuanto á la adición que V. M. propone al artículo 7.º del contraproyecto, concebida en estos términos:

«No se hará á la Puerta insinuación alguna sobre el intento de la Rusia, hasta tanto que se sepa el efecto de las proposiciones hechas á la Inglaterra por las dos potencias.»



por otra parte evidente que á su ardoroso deseo se mezclaba cierta desconfianza, y que Mr. de Romanzoff temía que aquel nuevo aplazamiento encubriese algún engaño. Viendo Mr. de Champagny que el ruso cifraba en esta cuestión la gloria de su larga carrera, y que por lo tanto sería más exigente que su mismo soberano, creyó deber esperar el regreso de los dos monarcas y dejar al emperador de los franceses que emplease su ascendiente personal con el emperador de Rusia para conseguir de él que admitiese en el tratado una precaución tan indispensable.

Habíanse trasladado á Weimar los dos emperadores con todo su séquito de reyes y príncipes para permanecer allí los dos días 6 y 7 de octubre, y volver el 8 á sus importantes ocupaciones. Entre Erfurt y Weimar extiéndese el bosque de Ettersburgo: el gran duque de Weimar había hecho disponer en él una serie de pabellones elegantes para todos sus huéspedes coronados, situando en el centro el destinado á los emperadores y reyes, que era verdaderamente magnífico. Por delante de estos pabellones iba á pasar multitud inmensa de ciervos, gamos y liebres, que estaban sujetos entre redes y que para libertarse tenían forzosamente que arrostrar el fuego de los personajes obsequiados con esta diversión. Alejandro no había disparado en su vida un tiro: tan apacible era la índole de sus gustos; sin embargo, mató un venado, y otros muchos cayeron también á los tiros de tan ilustres cazadores. Esperaba en Weimar un recibimiento suntuoso á los dos emperadores: después de un banquete espléndido vióse la más selecta sociedad alemana reunida en un gran baile. Allí se hallaron Goethe y Wieland. Dejó Napoleón á los magnates para

»Estas palabras alarman á Mr. de Romanzoff, á quien no le parece admisible dilación alguna, mucho menos siendo indeterminada. — ¿Cuándo ni cómo, pregunta él, podrá conocerse el efecto de esas proposiciones? El primer resultado obligará á esperar al segundo, éste al tercero y así por grados nuestro arreglo con la Turquía se verá continuamente aplazado. — Este raciocinio lo aplica á todo: le hablo de los miramientos debidos á los franceses establecidos en Levante, y me pregunta: — ¿Ustedes quieren aguardar á que regresen á Francia? ¿Cuándo ha de ser esto? — La paz con la Inglaterra le parece difícil y por eso no quiere subordinar á ella la paz con la Turquía. Háblame también de la necesidad de despertar la opinión del pueblo ruso con la certeza de esa importante adquisición, y se me figura que abriga cierto temor de que el viaje del emperador Alejandro no produzca este resultado. Este temor lo he adivinado yo sin que me le haya expresamente declarado, pues cada una de sus palabras lleva la tinta de la desconfianza, así de los sucesos como de nuestras intenciones. De aquí el no dar sino una importancia secundaria al artículo 6.º: en efecto, el modo de declarar este artículo el consentimiento de la Francia á las adquisiciones de la Rusia le importa poco, con tal de que el artículo siguiente permita á ésta obrar y encaminarse á su objeto. Esta es también la razón por qué teme tanto toda dilación indeterminada: teme ver expuesta á contingencias una ventaja que en la actualidad tiene por segura y consentiría mejor cualquiera dilación cuyo término fuese fijo. Quiere que todo quede desde luego consignado. «La vaguedad de los artículos de Tilsit, dice, nos ha perjudicado mucho: hemos perdido un año, y este es todavía el único resultado de nuestra alianza con ustedes.»

»Esta obstinación no es en Mr. Romanzoff efecto de las circunstancias presentes: nace de largas reflexiones dirigidas todas á un solo objeto, de una espera sufrida con impaciencia, y por último de la idea de que no puede haber en la actualidad obstáculo ninguno á la realización de las miras de la Rusia. Así, pues, pierdo toda esperanza de convencerle.

»Quedo con el mayor respeto, etc., etc.

»Firmado: CHAMPAGNY.» (N. del A.)

trabar larga conversación en un salón retirado con los dos célebres escritores de Alemania: hablóles del cristianismo, de Tácito, el historiador profundo, espanto de los tiranos, cuyo nombre decía sonriendo que pronunciaba él sin miedo; sostuvo que Tácito había ennegrecido demasiado el cuadro sombrío de su época, que sus retratos para ser verídicos eran poco sencillos. Pasó luego á la literatura moderna, la comparó con la antigua, se mostró en todo consecuente, así en artes como en política, es decir, idólatra de la regularidad y de la belleza ordenada, y discurrendo acerca del estilo dramático imitado de Shakespeare en que van unidas la tragedia y la comedia, lo terrible y lo burlesco, dijo á Goethe: «¡Me maravilla que un hombre de tanto talento como usted *no guste de géneros enteramente puros!*» Dicho profundo que muy pocos críticos de nuestros días serán capaces de comprender.

Después de este largo coloquio en que desplegó la gracia más seductora, y con el cual dió á entender á aquellos dos literatos eminentes que los había antepuesto á los personajes más encumbrados, se separó de ellos Napoleón dejándolos profundamente reconocidos á tan notable muestra de aprecio. Ambos debieron á la entrevista de Erfurt el verse condecorados con la orden de la Legión de Honor, distinción á que eran acreedores por todos títulos y que seguramente nada perdía de su lustre con recaer en hombres como aquéllos.

Al día siguiente se le dió una nueva función en el mismo campo de batalla, entre este pueblo y Erfurt. Tal era el deseo de agradar á Napoleón, que hasta hacía olvidar en cierto modo la propia dignidad, atendido este empeño de refrescar la memoria de una de las más sangrientas batallas ganadas por la Francia á la Alemania. Alzábase un pabellón en aquel mismo monte de Landgrafenberg en que había Napoleón pasado la noche del 13 al 14 de octubre dos años antes, puesto que estaba próximo el aniversario de la memorable batalla de Jena; este pabellón estaba destinado á recibir á Napoleón, y se había colocado en él un plano de la batalla. Sirvióse un exquisito almuerzo, y después de consagrar mil recuerdos á aquella jornada todos los que en ella habían tomado parte, que eran muchos, y de dirigir Napoleón á sus huéspedes alemanes varios cumplidos sumamente oportunos, trasladáronse todos juntos hacia la derecha á la llanura de Apolda, que se extiende entre el campo de Jena y el Awerstaedt, ya famosa por la inacción del mariscal Bernadotte. Allí estaba dispuesta una segunda cacería que ocupó varias horas de la mañana, y en seguida se emprendió la vuelta á Erfurt. Antes de abandonar las alturas que dominan la ciudad de Jena, quiso Napoleón dejar una memoria de la beneficencia que pudiese figurar al lado de los terribles recuerdos suyos que aún estaban grabados en aquella tierra. Aquella desgraciada población había sido incendiada por un bombardeo, y para indemnizar á los que en la referida época habían padecido por su causa le señaló Napoleón una suma de trescientos mil francos.

De regreso á Erfurt, érale forzoso ocuparse desde el día siguiente en los graves negocios que le habían llevado á Alemania y que de tan lejos habían igualmente atraído al soberano de la Rusia. Trató de ellos con el emperador Alejandro; pero confió principalmente á Mr. de Champagny el cuidado de insistir tenazmente

en que se usase de prudencia en las comunicaciones que se habían de dirigir á Constantinopla, para no proporcionar á la Inglaterra desde el principio de las negociaciones alianzas que la predispusiesen á perseverar en la guerra. Por lo tocante á la adquisición de las provincias del Danubio, autorizó á Mr. de Champagny para que imaginase una redacción bien positiva y tranquilizadora en cuanto á la certeza misma de dicha adquisición, mediante, sin embargo, cierta dilación en su cumplimiento que hiciese posible entablar negociaciones en Londres.

Después de repetidas y frecuentes conferencias, obtuvo algo Napoleón de la impaciencia de Alejandro, y confió á Mr. de Champagny el conseguir algo también de la de Mr. de Romanzoff. Sin embargo, quería que su joven aliado quedase satisfecho, porque trataba de que toda su política actual descansase no sólo en la realidad, sino también en la evidencia de la alianza rusa así en paz como en guerra, por lo cual aunque necesitaba dinero, accedió á una nueva reducción de las contribuciones que había impuesto á la Prusia. Habíase estipulado por el convenio de 8 de septiembre la evacuación definitiva del territorio prusiano, exceptuadas tres plazas de seguridad, Stettin, Custrin y Glogau, y mediante ciento cuarenta millones pagaderos en dos años. El rey de Prusia al firmar con toda premura este convenio, merced al cual iba á ver libre su territorio, había dicho que no perdía sin embargo la esperanza de alcanzar de la generosidad de su vencedor el alivio de una carga que su país no podía soportar: él y su esposa habían suplicado á Alejandro que aprovecharse su entrevista con Napoleón para recabar de éste una nueva reconvencción escrita en la frente de sus infelices aliados. Pidió, pues, á Napoleón una reducción de cuarenta millones de los ciento cuarenta que pagaba la Prusia, y la substitución de un plazo de varios años al de dos, que para satisfacer la suma total se le habían concedido y hasta redactó de su propio puño la carta en que Napoleón había de participarle esta concesión, atribuyéndola exclusivamente á su intervención personal y solícita. Sabía Napoleón que este era uno de los medios más eficaces para cautivar al emperador Alejandro, y después de haber opuesto cuanta resistencia juzgaba necesaria para dar más valor al sacrificio que iba á hacer, y que lo era verdaderamente en el estado actual de sus recursos pecuniarios, consintió en rebajar de la suma impuesta veinte millones, y en conceder un año más de plazo para pagarla. De este modo, en vez de tener que satisfacer la Prusia ciento cuarenta millones en dos años, sólo quedaba obligada á aprontar ciento veinte millones en tres años, la mitad en metálico, la otra mitad en letras. La carta redactada por Alejandro, retocada por Napoleón, se escribió poco más ó menos según había sido propuesta.

Los dos soberanos, que tanto se esmeraban en complacerse mutuamente, y que cada día parecían más satisfechos de la uniformidad de sus miras, á excepción de algunas dificultades acerca de los pormenores, tenían,

no obstante, otra insinuación más que hacerse y en que Napoleón no quería tomar la iniciativa. Tratábase de un enlace de familia que hiciese su alianza política, si no más sólida, al menos más ruidosa: de un casamiento por fin que uniese á Napoleón con una hermana del emperador Alejandro. Más de una vez había pensado Napoleón en repudiar á Josefina para unirse á una princesa que le diese sucesión, y siempre le habían detenido el afecto que profesaba á la compañera de su juventud y la dificultad de hacer una buena elección. Sin embargo, el proyecto retoñaba de continuo en su mente y la ocasión actual parecía la más propicia para realizarlo teniendo consigo al soberano en cuya alianza quería fundar su política, que era casi de su misma edad y que tenía hermanas casaderas cuyas cualidades ponderaban todos. Pensaba Napoleón que si este enlace llegaba á verificarse habían de creerle definitivamente árbitro de la corte de Rusia, cobrarle miedo y acceder á la paz. No obstante, á pesar de que Alejandro y él pasaban el día y la noche juntos, y de haberse hecho las más íntimas confidencias, jamás se insinuó Alejandro sobre un asunto que tan vivamente le interesaba. Napoleón, que con su grandeza creía honrar á todo el que con él contrajese vínculos, tenía demasiado orgullo para insinuarse el primero no estando seguro del resultado. Todos los días hablaban los dos emperadores de su unión, que decían nada podría alterar, puesto que sus intereses eran comunes y que su poderío no debía inspirar recelos más que á la Inglaterra, á la cual entrambos estrechaban por mar, ó al Austria que tenían oprimida, el uno por el Isonzo, el otro por el Danubio, siendo estas dos potencias, unidas ó separadas, sus únicos enemigos: asistíanles, pues, todas las razones políticas para estar íntimamente unidos. Tenían también motivos personales, puesto que se habían tratado y estimado mutuamente y se habían cobrado verdadero cariño; convenían en todo por sus miras y sus inclinaciones, los dos eran aún jóvenes, tenían aún abierto un porvenir inmenso, y hasta podían llevar á cabo en lo venidero los planes mismos que habían aplazado acerca del Oriente. «Romanzoff es ya viejo, decía Napoleón á Alejandro, y le faltaba tiempo para gozar; pero vos sois joven y podéis tener paciencia. — Romanzoff es un ruso de los tiempos pasados, respondía Alejandro, y tiene pasiones que yo no tengo. Yo me propongo civilizar mi imperio más bien que engrandecerle y deseo las provincias del Danubio más por mi nación que por mí mismo. Los demás arreglos territoriales que reclama mi imperio, llegarán á su tiempo. Pero también es justo, añadía Alejandro, que gocéis vos de las grandes empresas que habéis llevado á cabo, y dejéis ya de exponer á las balas vuestra preciosa cabeza. ¿No tenéis ya bastante gloria y poderío? ¿Tuvieron por ventura más Alejandro ó César? Disfrutad, sed feliz y dejemos para más adelante el resto de nuestros proyectos.» A estos votos desinteresados contestaba Napoleón con protestas de amor á la paz y al reposo. Diríase que Alejandro se había olvidado de su codiciada Constantinopla, y que Napoleón estaba ya hastiado de guerras, batallas y conquistas. De este modo los dos príncipes, en sus paseos por los alrededores de Erfurt, dejando á cierta distancia á sus acompañantes, se entregaban á sus íntimas confianzas que llevaba Alejandro hasta el punto de revelar á su amigo sus más se-



cretas afecciones. Muchas veces en aquellos coloquios se les había ocurrido lamentarse de que no tuviese Napoleón un hijo, y sin embargo, después de acercarse tanto al objeto que quería Napoleón conducir á Alejandro, quedaba el objeto intacto. El joven zar rehusaba llegar á él, aunque no ignoraba los rumores que después de la paz de Tilsit habían corrido en París y en San Petersburgo acerca de un proyectado enlace de Napoleón con la gran duquesa Catalina, su hermana mayor; mas si guardaba tanta reserva en medio de su exagerado entusiasmo por su alianza con la Francia, no era seguramente porque no quisiese dar á Napoleón la mano de su hermana ni creyese mala proporción para ésta el unirse al vencedor de Europa, sino porque entreveía y temía la oposición de su madre y no se atrevía á ofrecer lo que juzgaba no poder dar.

Ignorando Napoleón la verdadera causa de una discreción tan obstinada, llegó casi á punto de resentirse y de manifestar su disgusto á pesar del grande interés que tenía en aparecer en todo conforme con el emperador Alejandro. Pero felizmente se hallaba en Erfurt Mr. de Talleyrand, único á propósito para sacarle de esta embarazosa posición, pues si bien era capaz de descubrir á Mr. de Vincent los secretos de su gabinete, por cuyo motivo no le confiaba Napoleón sino parte de ellos (1), era el único que supiese insinuar con arte lo que no se quería decir claramente; y para hablar de casamiento con la dignidad necesaria entre los dos potentados más grandes del universo, no podía seguramente hallarse un medianero de más habilidad.

Recurrió, pues, á él el emperador para decidir á Alejandro á que le hiciese una invitación que él por su parte no quería hacer; pero Talleyrand, que repugnaba tomar parte en las desavenencias de la familia imperial por temor de indisponerse con unos ó con otros, no quería entrometerse en un divorcio que todos tenían más ó menos previsto y que era ya objeto de frecuentes rumores entre los noticieros políticos. Para conducirlo mal de su grado á este asunto se valió Napoleón de un modo singular. «¿Sabe usted, le dijo, que Josefina le acusaba de estar promoviendo un divorcio y que le tiene por este motivo un rencor implacable?» Protestó enérgicamente Mr. de Talleyrand contra semejante calumnia, y Napoleón le replicó que hacía mal en defenderse, puesto que al cabo sería preciso algún día pensar en ello formalmente; que á pesar de su afecto á la emperatriz, tendría que contraer un nuevo matrimonio que le diese descendencia y le enlazase con alguna de las principales familias reinantes de Europa; que en Francia nada habría estable mientras no se viese un porvenir seguro; que ningún porvenir había al presente puesto que todo dependía de su sola cabeza, y que ya era tiempo de buscar una esposa que le diese un hijo antes de envejecer. Esta conversación no podía menos de conducir inmediatamente á hablar de la familia reinante de Rusia y de una alianza conyugal con ella.

(1) En efecto, sabía Mr. de Talleyrand de una manera vaga que se trataba de un convenio que fijase las bases de la alianza; pero ignoraba que el punto principal era la cesión de la Moldavia y de la Valaquia, y sobre todo que el punto controvertido era la dilación de algunas semanas que se quería imponer á la Rusia antes de dar abiertamente el primer paso acerca de las provincias cedidas. (N. del A.)

Mr. de Talleyrand felicitó mucho á Napoleón por su ascendiente personal sobre Alejandro, ascendiente igual por lo menos al que había logrado en Tilsit. En efecto, el joven emperador, en casa de la princesa de Lator y Taxis, á quien visitaba con frecuencia, no se cansaba de expresar la admiración que le causaba Napoleón no sólo por su genio sino también por su gracia, su ingenio y su natural bondad. «Además de ser el hombre más grande, decía continuamente, es el mejor y el más afable. Creen que es ambicioso y que desea la guerra; no hay nada de eso. Hace la guerra por pura necesidad política, porque lo requieren así las circunstancias.» Tal era su modo de expresarse habitual, y Mr. de Talleyrand cuidó de que no lo ignorase Napoleón. «Pues si tanto me quiere, replicaba éste después de oír lo que Talleyrand le refería, ¿por qué no me lo prueba uniéndose conmigo más estrechamente y dándome una de sus dos hermanas? ¿Por qué razón nada me ha dicho jamás en nuestros coloquios íntimos de todos los días? ¿Por qué pone estudio en evitar que hablemos de este asunto? Fácil era conocer que Napoleón quería que Talleyrand se encargase de aquella comisión, desplegando en ella el arte de que le había dotado la naturaleza para decir las cosas ó hacer que las dijera los demás. Talleyrand la admitió en efecto, y no perdió tiempo en suscitar la conversación con el emperador Alejandro en una de las frecuentes ocasiones que para hablarle tenía. Este príncipe tenía la debilidad de querer agradar á todo el mundo, principalmente á los hombres de talento y á Mr. de Talleyrand con preferencia, y así gustaba de conversar con él y á menudo. Talleyrand, sin esperar la oportunidad por la perentoriedad del tiempo, sacó á plaza la conversación deseada, hablando primero largamente de la alianza, que era en Erfurt el asunto de todas las conversaciones, y viniendo á parar insensiblemente á los medios de hacerla más estable y evidente, puesto que para ser verdaderamente eficaz era menester que fuese lo uno y lo otro. El medio parecía indicarse por sí mismo, consistía sencillamente en robustecer los vínculos políticos con lazos de familia: cosa facilísima, puesto que Napoleón por interés de su imperio tendría forzosamente que contraer un nuevo matrimonio, para tener un heredero directo. Y habiendo de contraer un nuevo matrimonio, ¿con qué familia reinante podía más decorosamente unirse mejor que con la que reinaba en Rusia y cuya cabeza acababa de declararse su íntimo aliado? Acogió Alejandro esta insinuación con todas las muestras más lisonjeras de afecto á Napoleón: protestó que le animaba el más sincero deseo de unirse á él aún más estrechamente, diciendo que mal podía repugnarle que fuese su cuñado siendo ya su íntimo amigo; mas añadía que su poder no se extendía á tanto, pues si bien en lo tocante á los asuntos del imperio era árbitro supremo y único por más que se dijese en San Petersburgo de la influencia de su madre, en asuntos de familia la emperatriz madre, que era una princesa severa y digna de respeto, ejercía sobre sus hijos un predominio absoluto que no compartía con nadie. Si bien en lo concerniente á la política actual ella no se entrometía por deferencia hacia su hijo, con todo no aprobaba su marcha, y seguramente el consagrar á esa política como prenda de estabilidad una de sus hijas y enviarla á ocupar el trono

que había ocupado María Antonieta, por más que ese trono hubiese sido después realizado hasta exceder en encumbramiento al de Luis XIV, suponía en su madre una condescendencia que él no se atrevía á prometerse. Añadió Alejandro que lograría sin duda disponer favorablemente á su hermana la gran duquesa Catalina, pero que no se comprometía á reducir á su madre ni á violentarla con la acción de su autoridad imperial, lo cual era superior á sus fuerzas; que este era el único motivo por que había procedido con tanta reserva en este asunto; y últimamente que si en todo caso le convenía á Napoleón que hiciese esa tentativa, la haría, pero sin responder del éxito. Altamente satisfecho Mr. de Talleyrand de haber entablado el asunto, creyó que tocaba á los dos soberanos el concluir la obra empezada, é insinuó al emperador Alejandro que en semejante materia le convenía hablar el primero. Después de revelar la verdadera dificultad no podía Alejandro tener repugnancia en hacerlo así, puesto que ya no estaba expuesto á contraer un empeño que no pudiese tal vez cumplir; prometió por lo tanto franquearse con Napoleón en la primera entrevista.

Veíanse en Erfurt diariamente, y repetidas veces cada día, y urgía tratar de todo, porque se aproximaba el fin de las vistas. En uno de sus momentos de expansión se explicó Alejandro con Napoleón sobre el delicado asunto de que Talleyrand le había hablado, le manifestó lo mucho que deseaba añadir un nuevo vínculo á los que ya les unían, y con cuánto placer tendría en París una persona de su familia é iría él allí á abrazar á una hermana y á tratar los negocios propios de los dos Estados. Pero repitió á Napoleón lo mismo que había dicho á Mr. de Talleyrand acerca de los obstáculos que había que vencer, del respeto y de los miramientos que guardaba á su madre, á quien jamás se atrevería á violentar. Prometió, no obstante, dedicarse á vencer la repugnancia de la emperatriz madre, y dió á entender, que todo podría conseguirse de la corte de Rusia una vez satisfecha la nación. Estas palabras fueron escuchadas con júbilo y Napoleón correspondió á ellas con las más afectuosas manifestaciones. Prometiéronse los dos emperadores que llegarían á ser en breve más que amigos hermanos verdaderos, una nueva satisfacción animó sus semblantes, y parecieron más que nunca satisfechos el uno del otro (1).

Llegó el día 12 de octubre, y había que resolver por fin las últimas dificultades que ofrecía la redacción del convenio. Los dos emperadores habían autorizado á sus ministros Romanzoff y Champagny para que concluyesen definitivamente y el día mencionado convinieron por fin el siguiente tratado que debía permanecer profundamente secreto:

Los emperadores de Francia y Rusia renovaban su alianza de un modo solemne y se comprometían á proceder unidos en paz y en guerra;

Toda invitación hecha á cualquiera de los dos debía inmediatamente comunicarse al otro para que la respuesta fuese común y concertada.

Los dos emperadores convenían en dirigir á la Inglaterra una solemne proposición de paz, inmediata,

(1) Repetidas veces siendo joven he oído esta relación de boca del mismo Talleyrand, y al confrontarla con los documentos oficiales me he convencido de su verdad. (N. del A.)

pública y ruidosa como fuese posible con objeto de que el gabinete británico pudiera más difícilmente desecharla;

La base de las negociaciones debía ser el *uti possidetis*;

La Francia no debería consentir paz que no asegurase á la Rusia la Finlandia, la Valaquia y la Moldavia;

La Rusia tampoco debería consentir ninguna paz que no asegurase á la Francia, además de todo lo que ya poseía, la corona de España en las sienes del rey José.

Inmediatamente después de firmado el convenio, podría la Rusia empezar á dar los pasos necesarios cerca de la Puerta para lograr con la paz ó con la guerra las dos provincias del Danubio; *pero los plenipotenciarios* (tal era la transacción acordada sobre el punto principal) *y agentes de las dos potencias deberían ponerse de acuerdo sobre el lenguaje que convendría usar para no comprometer las relaciones amistosas que existían entre la Francia y la Puerta.*

Además, si en la adquisición de las provincias del Danubio el Austria se oponía á la Rusia como enemiga armada, ó si la Francia, en lo que por su parte llevaba á cabo en Italia y en España, se veía expuesta á un rompimiento con Austria, la Francia y la Rusia unirían contra esta potencia sus fuerzas respectivas y le harían una guerra de mancomún;

Finalmente, si de las conferencias de Erfurt salía la guerra en vez de la paz que se deseaba, los dos emperadores se prometían mutuamente volverse á ver en el plazo de un año.

Tal fué la redacción en que convinieron Champagny y Romanzoff el 12 de octubre por la mañana. La frase ambigua relativa á las precauciones que deberían observarse para no alterar las buenas relaciones que mediaban entre la Francia y la Puerta, era el modo que se había imaginado para eximir á la Rusia de toda dilación, y para que al mismo tiempo no se procediese con demasiada precipitación contra Constantinopla, frustrando desde su comienzo las negociaciones que iban á entablarse en Londres.

No bien arrancó Mr. de Romanzoff de manos del ministro francés la deseada presa, quiso asegurarse su posesión definitiva, solicitando inmediatamente las firmas. Pero había que sacar dos copias de este nuevo tratado secreto: no tuvo paciencia para esperar que se hiciesen los traslados en la cancillería de Mr. de Champagny y para ganar tiempo mandó sacar uno en su propia casa. Aquella misma tarde corrió apresuradamente á recoger la firma del ministro francés, y en seguida, rebosando júbilo, fué á llevarselas á su soberano.

Las vistas de Erfurt habían producido su objeto; los dos emperadores estaban acordes, y sobre todo demostraban estarlo, que era lo más importante. Creía Alejandro ser ya dueño de la Valaquia y de la Moldavia; Napoleón creía ser dueño del joven emperador, lo bastante al menos para imposibilitar cualquier coalición y para no tener ya nada que temer del Austria hasta la próxima primavera. Esperaba también que podría surgir la paz de aquella estrecha alianza públicamente proclamada entre las dos potencias más grandes del universo. A las enojosas noticias de Bayona había hecho substituir en todos los círculos europeos la maravillosa